



### LA DIGESTIÓN.

Leída por el autor en la comida del 13 de Septiembre  
de 1888, á sus compañeros los niños de 47.

**B**ONITA maquinaria  
Nos ha dado mamá Naturaleza!  
¡Preciosísima! Empieza  
Por tener cuerda diaria,  
Y como sin oxígeno se enfría  
Y vivir sin comer es imposible,  
Es menester ponerle combustible  
Por lo menos tres veces cada día.  
Y cuando el hipogastrio,  
El duodeno y el colon,  
Y toda esa monserga de la tripa  
Está bien, por chiripa,

El sabio y el gañán ese portento  
Celebran exclamando:  
¡Barriga llena, corazón contento!  
En efecto: si el hombre,  
Según reza la historia,  
Ha tocado el picacho de la gloria,  
Si predica, y legisla y confecciona,  
Y se ciñe corona,  
Y toca con las manos las estrellas,  
Y les pregunta á ellas  
Lo que son, y qué distan y otras cosas;  
Y si adelanta tanto  
Que al mismo sol con ciencia y con de-  
[nuedo  
Le va á rascar las manchas con el dedo,  
Es todo á condición extraordinaria  
De tener muy bien puesta,  
Y lista y sin lesión la maquinaria.  
Pero si al sabio un día  
Le dá un torzón cuando descubre soles,  
Porque no ha digerido los frijoles  
O alguna carne fría,  
¡Adios astronomía!  
Baja el sabio infeliz desde los cielos



Donde la luz de gloria lo ilumina,  
Hasta la pobre tierra  
Para cambiar de asunto... y de oficina.

Si el poeta se eleva,  
Se entusiasma y gorgea y se endiosa  
Porque miró una rosa  
Y se acordó de Filis, y la idea  
Por el Parnaso olímpico pasea,  
Y habla de tú á la fama y á la luna,  
Es porque... (estoy seguro)  
Como muy pocos vivos,  
No tiene en sus canales digestivos  
Falta, lesión, ni novedad alguna.

Expléndidos ideales  
Son patria, honor y fama, amor y gloria;  
Tras ellos á porfía  
Van corriendo en confusa algarabía  
Felices los mortales;  
Pero si en el camino  
Ocurre novedad al intestino  
Causa de tantos males,  
Si el bolo alimenticio  
Se detiene en el quicio,

Si la cena de ayer ó la merienda  
No desocupa pronto la vivienda,  
¡Adios patria y amor! ¡Adios ideales!  
Como todas las cosas terrenales,  
Y por negro sarcasmo de la suerte,  
Todo eso se convierte  
(De lo cual yo respondo)  
En un retortijón mondo y lirondo!  
Y el renombre y la fama literaria  
Y todo ese boato,  
Lo damos de barato.  
Por ir á la oficina tributaria  
¡Oh! triste condición de los mortales  
¿Lo ves, naturaleza fementida?  
Tú, la sabia, la recta,  
Presentas al certamen de la vida  
Al hombre como tu obra más perfecta!!  
Por mi parte protesto,  
Y, en alas de mi musa retozona,  
Te llamo torpe, inútil y chambona  
Siempre que me indigesto.

Convengo en que esta vida  
No es de lo peor, en suma, entre dos platos



En que el tal Rey de la creación, lo pasa  
 Mucho mejor, á veces, que los gatos.  
 Mas todos los placeres,  
 Los gustos, las delicias,  
 Los banquetes, los bailes, las caricias,  
 La música, y el lujo, y las mujeres,  
 Le vienen bien al que gozarlas quiere  
 Si como un animal come y digiere.  
 Por esto, no hay que andarse en desvarios,  
 Pues firmemente creo,  
 Que es para ustedes mi mejor deseo  
 ¡Muy buena digestión, hermanos míos!



POR LOS MUERTOS.

Brindis leído en el 21º banquete anual de la "Asociación Gregoriana".—1886.

**S**ILENCIO. Algún amigo al otro lado  
 por venir al festín llamó á la puerta  
 con desusado afán.  
 Es extraño que siendo de los nuestros  
 y viendo que ya estamos á la mesa  
 que toque en vez de entrar....  
 Y no repite el golpe; está esperando  
 á que le indique alguno atentamente  
 que puede penetrar.  
 Silencio.—Esperaremos á que vuelva  
 á llamar; á no ser que el pusilánime  
 con mucha cortedad  
 se esté á la puerta, ó bien prefiera irse,  
 por no hacer ante todos los presentes



el papel de informal.  
 ¡Silencio....! ¿Oís? ha repetido el golpe  
 y acaba de llamar por otro lado  
 y no se atreve á entrar.  
 —Lo que puede venir fuera de tiempo:  
 se comprende muy bien que en tal apuro  
 se mortificará.....  
 Toca otra vez, pero si mal no he oído  
 ese golpe final no fué en la puerta....  
 será casualidad,  
 pero sonó en el techo claramente;  
 y eso cambia el aspecto de las cosas:  
 no ha de ser para entrar.  
 Otra vez á la puerta el mismo golpe,  
 allí.... no cabe duda que han llamado,  
 pero allí nadie está;  
 no hay ni sombra, ni nadie que se asome,  
 franco está el paso y esa puerta abierta  
 está de par en par.  
 No es ningún convidado, ni un hermano  
 que, retrasado en horas, á la cita  
 acude, aunque informal:  
 No es el viento que finge los sonidos,  
 ni es un chusco que vaya al otro lado

y toque por tocar.  
 No es aborto de ardiente fantasía,  
 no es tampoco ilusión de los sentidos  
 ni una casualidad.  
*Es, que es la hora del brindis por los muertos,  
 y los muertos, saliendo de sus tumbas  
 se acercan á escuchar.*  
 Ellos son.... los evoca mi recuerdo  
 y con lazo de amor los trae volando  
 desde la eternidad.  
 Ellos son; porque es la hora de los muertos,  
 y este *memento* nuestro, cruza raudo  
 la vasta inmensidad  
 y en eléctrico viaje los espíritus,  
 cual los rayos del sol, convergen rápidos  
 al foco fraternal.  
 Aquí de pié: la múltiple potencia  
 de amoroso reclamo los despierta  
 del sueño perennal.  
 Y acuden, como suelen las palomas  
 á rumorosa fuente en los ardores  
 de la siesta estival.  
 Son ellos; sí, los que en la negra tumba  
 dejaron no hace mucho el resto helado



de su vida mortal,  
 para volar fugaces, incorpóreos,  
 como lampos de luz á otras regiones  
 del mundo sideral...  
 Y sin embargo, vienen y nos oyen  
 y atentos á este *brindis por los muertos*  
 los sentimos pasar  
 como la sombra rauda de una nube  
 que barre monte, llano, río y se pierde  
 sin saber donde va.  
 Están aquí. Cada uno de esos muertos  
 ve palpar el corazón que se hunde  
 en duelo fraternal.  
 Ellos, como nosotros, acudieron,  
 aves del mismo rumbo, al mismo valle  
 sus almas á formar.  
 Intuiciones, afectos y memorias,  
 reminiscencias, ilusiones, usos,  
 ansia de prosperar,  
 todo nos es común; la misma fuente  
 para apagar la sed, el sol, el aire,  
 la misma claridad.  
 Los mismos elementos adoptados  
 para formarnos nuestro *yo* incórporeo,

nuestro *yo* inmaterial.  
 Y esas afinidades que nos unen,  
 y que nos son comunes en la vida  
 del mundo espiritual,  
 no las roe en la tumba el vil gusano,  
 ni como inmunda viscera en ceniza  
 el tiempo tornará.  
 Son luz perenne y vida que en guirnalda  
 de afectos, de virtudes y de ideas  
 en incansable afán,  
 en las ondas purísimas del éter,  
 como ofrenda de amor de la criatura,  
 al cielo subirá...  
 ¡Venid, muertos, venid! el alma abierta  
 al amor y al recuerdo hoy os envía  
 el ósculo de paz.  
 No profana el recinto de las tumbas  
 con falso alarde de pomposa ofrenda  
 al polvo que allí está.  
 Pero acaricia la emoción y eleva  
 la memoria, la idea, el pensamiento  
 á la unión fraternal.  
 Providencial contacto del espíritu  
 que vive, y del espíritu que mora



alla en la eternidad.  
 Fruiciones de los vivos y los muertos  
 que, á despecho del polvo de las tumbas,  
 nos hacen palpar.  
 Abrazo misterioso de las almas  
 que en el mismo festín, tumbas y flores  
 aduna con afán.  
 Aquí, al influjo de la lira mía  
 todos nuestros hermanos que murieron  
 con nosotros están...  
 Ay! pero todos dentro breve instante,  
 al terminar mis versos, al espacio  
 el vuelo emprenderán.  
 Y cuando vuelva el ruido de la fiesta  
 y esos muertos queridos, cual bandada  
 de alondras que se van,  
 vuelvan á remontarse al infinito  
 siguiendo la misión de su existencia  
 allá en la eternidad,  
 se llevarán... no lo dudeis, hermanos,  
 no sé qué pacto fúnebre y sombrío,  
 qué promesa fatal,  
 de algunos de nosotros que, al otro año  
 en vez de estar en pié, brindando alegres,

por la fraternidad,  
 vengamos á fingir toques afuera,  
 en el techo llamando y á la puerta  
 como queriendo entrar.  
 Porque seremos polvo en nuestra fosa  
 y espíritu que venga con los muertos  
 á la hora de brindar...  
 Y así de un año, en otro, cual las hojas  
 que en el Otoño caen una por una  
 los presentes caerán.  
 É irémos todos, sin piedad del cielo,  
 sin tregua, sin descanso, hasta el abismo  
 de muda eternidad...  
 Y cuando sólo cuatro de los nuestros...  
 (no sé en qué Marzo) vengan tristes, solos,  
 al festín fraternal,  
 Que brinden por los muertos, como ahora,  
 abriendo esta botella (1) que en depósito  
 sagrado quedará.  
 La cuidaremos todos de año en año,  
 firmando cada cual un documento  
 en que se envolverá.

---

(1) Mostrándola.



Y cuando la abran nuestros cuatro hermanos  
y por trescientos muertos brinden solos,  
últimos en brindar,

La Gregoriana Asociación entonces,  
en la postrera gota de este vino  
Su tumba encontrará.

.....

México, Marzo 12 de 1886.

Después de leído este brindis, que conmovió profundamente, todos los presentes firmaron una acta en que se comprometieron á cuidar de que la botella de vino se conserve bien empacada en poder del tesorero de la Asociación. Cada año ocupará esta botella con su empaque el centro de la mesa del banquete, y á la hora del *brindis por los muertos* se abrirá el acta en que está envuelta para anotar las defunciones del año y para recojer la firma de los presentes; hecho lo cual, volverá á guardarse la botella hasta el año siguiente y así todos los años hasta que sólo queden cuatro gregorianos, únicos autorizados para tomar el vino (Lácrima-Christi) que contiene la botella.



Á ANDRÉS CLEMENTE VÁSQUEZ.

QUIÉN es rey del ajedrez

Andrés,

Y en la amistad consecuente

Clemente,

Y no un Manolito Gásquez

Vásquez;

Oh lector aunque te atasques

Debes proclamar conmigo

Que no hay jugador ni amigo

Como Andrés Clemente Vásquez.





## POR LOS VIEJOS.

BRINDIS EN EL 23 BANQUETE ANUAL

de la

Asociación Gregoriana.

Marzo 12 de 1889.

**C**ANTEN otros las glorias placenteras  
Del niño Amor y sus mentidas artes;  
Prorrumpen en estrofas plañideras,

O enarbolem vistosos estandartes  
Aquéllos que, con anchas tragaderas,  
Van pregonando amor por todas partes.

Dance en redor al Dios, aún insepulto,  
Momo el alegre, turba de lampiños;  
Corra al placer el rápido tumulto

De jóvenes sencillos y de niños,  
Rindiendo á Momo y al amor el culto  
De risas, de monadas y de guiños.

Yo ya pasé la meta que señala  
La cúspide tremenda de la vida;  
Dejé la turba atrás, en hora mala,

En mis goces de ayer entretenida;  
Y al bajar los peldaños de la escala,  
Siento el horror de la final partida.

Yo no pedí la vida; y sin embargo,  
Me encontré de la noche á la mañana  
Con que era ya un pelón delgado y largo

Afecto á la bromita y la jarana,  
Y sin probar la vida por lo amargo,  
Nunca supe lo que es la vida humana.

Llegué al festín, miré y comí de todo,  
Y me engolfé en bodorrios y diabluras,  
Y aunque nunca jamás empiné el codo,

Hice, como hacen todos, travesuras,  
Y amé y hasta creí, y gocé; de modo  
Que en esto del vivir estuve á oscuras.

No conociendo sinsabor ni males  
Era alfombra de rosas mi camino.  
Eso sí, como todos los mortales,



Con todo mi saber, razón y tino,  
Dislates cometí descomunales  
Y comulgué con ruedas de molino.

Llegué á creer en el amor constante,  
En la lealtad y en otras bagatelas;  
Hablaba del amor como un pedante

Conocedor de todas las escuelas;  
Y, lleno de vigor, iba adelante  
Sin aprensión y sin dolor de muelas.

Me dió por hacer versos. Era norma  
Común en ese entonces ser romántico  
Para seguir la castellana forma

Usual al otro lado del Atlántico;  
Y esclavo, aunque novel, de la reforma,  
Fuí un poeta llorón y quiromántico.

Lloré en gentiles versos desengaños  
Que yo me imaginaba haber tenido;  
Maldecía el peso de los años

Que yo no había á la sazón cumplido,  
Y me quejé de cosas y de daños  
Que no habían tampoco sucedido,

Pero la vida al avanzar expande  
Al redor de nosotros la tristeza,  
Y entonces no hay mortal que no demande

Al destino piedad, por su fiereza;  
Y se llega á exclamar: «¡*Lástima grande*  
*Que no sea verdad tanta belleza!*»

¡Y no era la verdad! ¡Cuántas teorías  
Como formas de niebla se perdieron!  
¡Cuántas deslumbradoras fantasías

Al irlas á tocar se deshicieron!...  
¡Eran mentira las venturas mías;  
Vinieron, me engañaron y se fueron!...

Y tras el mal del alma, y las horribles  
Ansias del desengaño amargo y frío,  
Y los crudos dolores invisibles

Del secreto pesar y del hastío,  
Vienen, para mi mal, ineludibles  
Cansancio y fin del organismo mío...

¡Oh, tú también, naturaleza hermosa,  
Celebrada en mis versos juveniles  
Llenos de amor y gratitud gozosa



Cuando tus dones los contaba á miles!  
 ¡Pero mujer al fin!... no es justo ¡oh Diosa!  
 Que con tus deficiencias me aniquiles.

Ves que me hiere el dolo, y que la muerte  
 Me arrebató famélica á los míos;  
 Que negra ingratitud al fin convierte

En llanto mis dichosos desvaríos,  
 Y, ya presa impotente de la suerte,  
 Aún me atormentas tú con tus desvíos!

Qué digo! con tu pérfido egoísmo  
 Y con tu criminal indiferencia,  
 Al ser insuficiente por mí mismo

Para impedir mi rauda decadencia,  
 Mirando que á mis pies está el abismo  
 Acuso tu feroz insuficiencia.

Apelo á los que corren de bajada  
 Esta fatal pendiente de la vida.  
 ¡Cuántos dolores buenos para nada!

¡Qué lucha con Saturno el homicida!  
 ¡Cuánto cuesta la vida tan amada,  
 Tan dulce y tan risueña á la subida!

¡Morir! en hora buena; aquí está el hilo.  
 ¿Hay un cuadrante que el momento marca?  
 Dejad al criminal morir tranquilo

Ya que su mente tanto horror abarca.  
 Brille en la sombra el acerado filo,  
 Y cumpla su deber la vieja parca!

Pero acosar á uno con dolores,  
 Anticipadamente y sin objeto,  
 Con dudas y peligros y temores,

Para que el mal sea múltiple y completo  
 Es mucho afán de acumular horrores  
 Contra el pobre mortal y su esqueleto.

¡Ah, Natura, Natura! en qué pensaste  
 Al concederles á las pobres gentes  
 Este aparato atroz de falso engaste

De muelas, de colmillos y de dientes!  
 Hablemos francamente: ¡te pelaste  
 Con tu puño de huesos indecentes!

Al salir esos huesos, al primero,  
 El pobre niño aturde y ataranta  
 Por su injusto dolor al mundo entero;



Y si de estos achaques se levanta  
Es porque astuto, pérfido y certero,  
Ha de tirar el diablo de la manta.

Y ya de colegial, muy regordete,  
Al freír de los.... libros, ¡allá va eso!  
Al probar muy contento algún sorbete

Viene la historia del maldito hueso,  
Hasta que alguno su tenaza mete  
Y de un tirón lo deja patitieso.

Oye, Naturaleza soberana,  
Mira si en fastidiarnos eres terca:  
Después de repetirse esta jarana

Nos mete un aprendiz su mano puerca  
Y te enmienda impertérrito la plana,  
Poniéndonos encías de gutaperca.

Hay aún mucho más que mortifique  
Hasta hacer la salud una chiripa:  
Tenemos en la pelvis como un dique

Tapando el agujero de una pipa;  
Tosemos recio, rómpese el tabique,  
Y por ahí se sale nuestra tripa.

Tiene la tal Natura chambonadas,  
Que para ella serán travesurillas  
Y son en realidad chanzas pesadas.

Por ejemplo en las cosas más sencillas:  
Nos deja al aire, lisas y peladas  
Y expuestas nuestras pobres espinillas.

No hay uno solo que en la tierra entera  
No se haya roto el hueso en un instante  
Por no usar en las piernas chichonera,

Cuando en esta cuestión tan importante  
A cualquier fabricante le ocurriera  
Poner las pantorrillas por delante.

¡Viejos, venid acá, viejos queridos  
Que de marcharos esperais la hora  
Todos desportillados y manidos!

Y pues Naturaleza os encocora,  
¡Venid, viejos, á mí! Todos unidos  
Increpemos en coro á esa Señora.

Pero no.... Ya es inútil tal salida,  
Pues no es cuestión de broma ni jarana:  
Esperemos callados otra vida  
Algo mejor que nuestra vida humana.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

v. 1625 BOSTON, MEXICO





SONETO.

---

A fuer de atrevidísimo poetastro  
La pluma á veces con denuedo enristro  
Y á estúpidos y sabios subministro  
De mi fecundidad el negro rastro.  
Aplomo y dignidad: yo no me arrastro,  
Ni está la adulación en mi registro,  
Que no me inspira endechas un Ministro  
Y me enagena un cuello de alabastro.

Al fulgar del encumbrado estro  
Sólo ante Dios y la virtud me postro  
Y si un quidam, echándola de diestro,  
Dice que altivo con el mundo arrostro  
Le contesto al pasar—¡abur, maestro,  
Felicidades! y le vuelvo el rostro.

---



A LA PRIMAVERA DE 1886

CON MOTIVO DE MIS ACHAQUES DE SALUD.

---

EN años anteriores,  
por este mismo tiempo de las aves  
y las primeras flores,  
en tal ó cual mañana,  
en que de pasear me daba gana,  
indefectiblemente sucedía  
que, cuando menos lo esperaba, al paso  
esa alegre señora aparecía  
con su gallardo porte,  
su semblante apacible  
y su dulce sonrisa  
á que ningún mortal es insensible.

El aire juvenil y la mirada  
tan límpida, tan pura y seductora,  
que era mirada de angel



en ojos de mujer cuando enamora.

Destrenzado el cabello  
flotaba en ondas leves por su espalda,  
y del naciente sol vivo destello,  
para hacerlo más bello,  
prestábale matices de oro y gualda.

Con gentileza asía  
su ebúrnea diestra un haz de bellas flores,  
y... no estoy bien seguro  
de si los ví moviendo las aletas,  
ó es la versión común de los poetas  
la que en mi fantasía  
me hizo ver que traía,  
como usa esa señora de año en año,  
su cortejo de céfiros,  
de cierzos y favonios,  
y no sé qué demonios  
de geniecillos de gentil donaire,  
hijos todos legítimos del aire.

No los ví bien, lo cual no es nada extraño,  
pues endiosado con la tal señora  
y absorto con sus gracias y su porte,  
no le puse cuidado á su cohorte.

Llevaba como siempre

la consabida túnica rosada  
de estilo griego neto, muy sencillo,  
sin *puf*, sin *polisón*, y sin tontillo.

Pues esas son tramoyas  
de actualidad, y nunca en ese tiempo  
beldad pagana, griega ó mitológica  
en el vestir pecó de anfibológica.

Permitíanse las damas de esos siglos,  
como ésta de que hablo,  
para hacer fácil el andar, un pliegue  
en el airoso faldellín no estrecho  
en el muslo derecho.

Digan ustedes si andarían airosas  
con esa útil alzada externa,  
cuando sin otras faldas misteriosas  
mostraba con candor toda la pierna;  
y no con envoltura,  
ni mallas, ni raquílicas calcetas,  
sinó epidérmis pura,  
cual conviene á una olímpica criatura.  
Y nada de tacones ni esas cosas,  
sinó la real sandalia de las diosas.

Tal se ostentó mi antigua conocida,  
tal era su talante,



y por una razón que no me explico  
 semejante mujer tan arrogante  
 no llamó la atención de los transeuntes,  
 pues así son las gentes,  
 no obstante que el encuentro  
 de esa rara beldad, y casi en cueros,  
 ha pasado en el centro,  
 en una de la calle de Plateros.

Ello es que yo la ví; y ella pasando  
 me dirigió su celestial mirada  
 con esa majestad y esa entereza  
 de dama que no inclina la cabeza,  
 medrosa ó conmovida,  
 ante las mil miserias de la vida,  
 y yo á mi vez (en años anteriores)  
 aunque no tuve nada  
 de olímpico, de griego, ni pagano,  
 vivía bien, exento de dolores,  
 con vigor juvenil, con fé y sin miedo;  
 ágil, fuerte, robusto  
 como lozano arbusto  
 en la época del fuego y los amores,  
 de savia henchido y que en el prado ameno  
 se alza gallardo entre silvestres flores:

En fin, debo decirlo sin empacho,  
 alguna vez, (no importa cómo y cuándo)  
 llegué á considerarme un buen muchacho.

Tanto que en mi altivez siempre creciente,  
 no era nunca un encuentro impertinente  
 el de aquella señora;  
 pasaba junto á mí, y eso era todo,  
 y la veía de modo  
 que ni sorpresa, ni temor, ni susto  
 me causaba su paso.

¡Qué me había de causar! ¡á mí el gallardo,  
 el invencible arbusto!  
 ya la veía pasar, y reverente,  
 más bien por atención que por temores,  
 «¡abur!» articulaba simplemente.  
 De donde yo concluyo  
 que no nos importábamos un bledo,  
 y sin rencor ni miedo  
 yo seguía mi camino y ella el suyo.

Pero en llegando este año,  
 este año ochenta y seis que Dios confunda,  
 se ha armado entre ella y yo tal barahunda,  
 que de resultas de eso me he quedado,  
 hablando con verdad, muy mal parado.



El hecho pasó así: cual otras veces,  
 sin pensar en achaques ni dolores,  
 vi venir este tiempo de las aves  
 y las primeras flores;  
 y como había pasado de año en año  
 sin contratiempo, sin lesión, ni daño,  
 llegó al fin la mañana  
 que reza el almanaque,  
 en la que cierto giro del planeta  
 pone al invierno en jaque,  
 y se presenta alegre, plentera,  
 con programa de fiestas y de amores,  
 rica de galas, derramando flores  
 la señora en cuestión, la del refajo,  
 la alegre Primavera.

Yo estaba bien. Que venga, me decía,  
 una más, y esto es todo;  
 y aunque voy adquiriendo la manía,  
 como si fuera examen de conciencia,  
 de pensar y pensar con más frecuencia  
 en que somos de lodo,  
 no me afecté de modo  
 que temiera el encuentro consabido;  
 cuando en la tal mañana,

y de manos á boca  
 ¡ahí está ya...! la misma, la pagana,  
 con su aire juvenil y con sus flores,  
 y su mirada altiva  
 y su pierna desnuda,  
 y siempre airosa y juvenil y esquiva.

¡Que pase! dije yo, cual otros años,  
 y, dispuesto al saludo de costumbre,  
 sentí tal encontrón que miré lumbre...

¡Ah, qué hombros de señora!  
 y dígole señora por respeto,  
 porque aquel encontrón lo siento ahora  
 como encontrón de yankee  
 que corre tras un *dollar* incompleto!

Yo el del vigor, el varonil, el fuerte,  
 el ágil, el robusto,  
 el elegante arbusto  
 que se ocultaba entre silvestres flores,  
 tuve una de dolores,  
 de mermas, de raspadas y lesiones,  
 que tambaleando, en medio de mi susto,  
 sentí que me iba á fondo,  
 y que iba á caer, sin remisión, redondo.

Iba á increpar á la inclemente griega



en medio á mi dolor y mi vergüenza,  
 y la hubiera cogido de la trenza,  
 ó de la misma túnica, ó del moño,  
 si un fardo que llevaba  
 en ambas manos y de objetos varios,  
 (entre otros mis cincuenta calendarios)  
 no viene al suelo en medio á mis afanes;  
 y maltrecho, y cayendo y levantando,  
 tropezaron mis piés con los *galvanés*.

Entre tanto, pasó la Primavera  
 majestuosa, sin pena y sin recelo,  
 y en situación tan poco placentera,  
 y á pesar de mi encono,  
 no pude ¡ay triste! ni aún tocarle un pelo.

Vinieron dos galenos,  
 según supe después, de los muy buenos.

Referí el encontrón, y me curaron,  
 según lo ratifican ellos mismos,  
 llenándome de unguento y de aforismos.

Pidiéndoles consejo,  
 uno de ellos me dijo con voz grave:

«No es porque yo me alabe;  
 pero según la ciencia  
 y mi larga experiencia,

todo eso y mucho más de que me quejo,  
 cuesta llegar á viejo.

«No hay que cansarse, amigo,  
 y fíjese muy bien en lo que digo,

pues lo digo de veras:

todas esas frioleras,

inclusíve la muerte, reconocen

este origen no más: las primaveras,

sin que valgan unguento ni tisana,

porque tal es la condición humana.»

